

señores; David se había olvidado entónces de Dios y de sí; vivía en amores ilícitos con Betsabé, y no examinaba los medios injustos de que se servía para lograr su fin. «Si fué cruel en la muerte de Urías, dice San Gregorio Magno, fuera ántes enormemente voluptuoso en el apetito de una mujer.»

Sí, lo repito; el lujurioso es un homicida; mirad qué peso tiene en el corazón de Herodes la sociedad y los hombres; mirad en cuánto los estima. Más peso tiene en su ánimo el capricho de su manceba, que la vida de un hombre santo; una bailarina dispone de las vidas y de las haciendas de los vasallos; la mitad del reino que se le pida al lujurioso monarca, no es nada; si así como ha perdido la cabeza del Bautista se la antojára pedir las de la mitad del pueblo, también se lo concediera, pues se lo ha jurado. ¡Ah! ¿Referiré aquí la degradación á que llegára aquel Emperador, cuyos actos avergonzáran al mismo Senado romano, á pesar de la corrupción de sus costumbres? ¿Os lo pintaré haciéndose encerrar en las jaulas del circo como león de la Numidia, y saliendo de ellas, al abrirle las rejas el leonero, para arrojarle sobre los míseros esclavos, que morían entre sus dentelladas y garras, más crueles que las de los mismos tigres? ¿No es verdad que estos hechos se nos hacen casi increíbles por su deformidad? Es cierto, y debemos esta repugnancia á semejantes horrores al Evangelio; al Evangelio, que ha creado esa conciencia pública de los pueblos, que no permite que la maldad adquiera un carácter de licitud, ni puede sufrir que en público se cometan crímenes contrarios al pudor. A medida que el Evangelio se ha planteado en las naciones, las calles y plazas se han visto libres de las obscenidades que ántes las manchaban; el hombre voluptuoso se vió precisado á esconderse entre las sombras para saciar sus pasiones desordenadas, porque, de lo contrario, el pueblo mismo lo castigaria, y quizá no faltaria

un Finees que exterminase al profanador de esta conciencia pública y general de los pueblos civilizados por el Evangelio.

Son, pues, ocultos todos los excesos de la lujuria: no se ven hoy las tristes escenas de sangre y barbárie que caracterizaron á los pueblos antiguos; pero hablemos sin reserva; no encubramos la verdad. ¿No comete el lujurioso los mismos asesinatos que Herodes y Neron? ¿No vemos realizados estos homicidios en esos niños que á cada paso se hallan tirados en las plazas y calles? ¿Quién tiene valor para arrojar en una cloaca inmunda ó en un camino, para que sea víctima de los elementos y de las fieras, al fruto de su pecado? ¿No es un asesino? Y si esta acción, de que no es capaz ni el tigre mismo; si esta acción, en que la inocencia de la víctima, sus vagidos y dolor están pidiendo eficazmente amor y compasión, no mueve los corazones, ¿podrá pensarse que los movería cuando no aparece á nuestros sentidos? ¿Tienen acaso otro origen esos crímenes bárbaros que cometen muchas desgraciadas queriendo impedir la existencia del fruto de su pecado? Los tribunales, ¿no están avergonzados de tener que fallar contra tamaños horrores? ¿No sabemos que la malicia se ha ejercitado en inventar reglas abominables para poder continuar pecando á mansalva, sin temor de sufrir consecuencias? ¡Cielo santo! Dadme valor para decirlo: estos crímenes se cometen cada día á millares en esta ciudad; casi los vemos y palpamos; estos crímenes son enseñados en esas pinturas lúbricas, que tan desvergonzadamente se venden, como lo hicieron los antiguos en los átrios de las Dianas y Vénus. ¡Ah! Todos los crímenes atacan la Divinidad; pero este de la lujuria la acomete más horriblemente; es atacado el poder divino; es atacada la Sabiduría; es atacada la Providencia con su economía. Todo lo que engrandece la sociedad, todo lo que la realza y sostiene es anonadado por

el hombre lujurioso. La consecuencia de tantos atentados es el suplicio temporal del que los perpetra; el crimen es contra la sociedad; cuando un asesinato es público, la justicia humana lo castiga en un cadalso, y la sociedad queda vindicada, la moralidad pública satisfecha, y el hombre malo escarmentado. Siendo, pues, secretos los atentados del hombre deshonesto, y escondiéndose á las investigaciones de la sociedad ofendida, Dios los castiga en este mundo por ser crímenes de sangre contra la misma sociedad. ¿Cómo los castiga? «Dios ha decretado, dice San Agustin, que todo ánimo desordenado sea un verdugo de sí mismo;» y os lo demostraré en mi segunda parte.

Tres son los bienes que constituyen en la tierra á un hombre feliz: las riquezas, el honor, la vida. Los dos últimos son la herencia universal, encontrándose de hecho el primero en muchos, y existiendo por el deseo en todos y en cada uno de los vivientes. Si quereis condenar á un hombre á un infierno temporal, quitadle estos bienes cuantiosos; porque así como el infierno eterno consiste en perder al Sumo Bien para siempre, así tambien sería un infierno temporal privar á un hombre en la tierra de aquello que le hace feliz. Que una mano aleve dé fin á nuestra existencia; que una lengua viperina cubra de negros vapores el tersor de nuestra fama; que un ratero nos prive en un momento del resultado de nuestros trabajos y sudor, son cosas comprensibles, acontecimientos que cada dia causan la envidia, la perversidad y las pasiones; pero ¿gastar los años en fatigas para adquirir caudales y arrojarlos en el Océano con la misma mano que han sido amontonados? ¿Señalar uno mismo su frente con el signo indeleble de la infamia? ¿Condenarse á lentas torturas, á agonías incesantes y á muerte cruel, cuando está en nuestras manos la felicidad y la vida? ¡Ah, amados míos! Es-

tos acontecimientos no podemos caracterizarlos sino con el nombre de locura y frenesí, ni podemos atribuirlos á un hombre que esté en ejercicio de sus potencias. Sin embargo, el hombre lujurioso se sacrifica á estas plagas, renuncia á su honor, abdica todos sus privilegios, desprecia sus bienes, y corta el hilo de su existencia, condenándose además al dolor y la desesperacion. Hé aquí los grandes males de esta vida; hé aquí el infierno temporal; no hablamos de los tormentos eternos.

No hay un solo hombre sábio que no se haya compadecido de la malversacion de los bienes ocasionada por la lujuria. Si abrimos las páginas sagradas, encontramos á cada paso que la ruina de las familias, la pobreza de las ciudades, la calamidad y miseria de los pueblos, son una consecuencia de la impudicia. Todos los artificios de una mujer corrompida se encuentran admirablemente descifrados en este monumento del Amor divino; su belleza fingida, sus afeites, sus palabras encantadoras, están puestas por el Espíritu divino de tal modo, que no podamos padecer equivocacion en el discernimiento de la buena y de la mala mujer. Pero anotad lo que dice la Sabiduría infalible: «En sus lábios está la miel, y sus acentos parecen suaves como el aceite, mas al fin es amarga como el ajeno, y homicida como espada de dos filos.» «No te arrimes á su puerta, no sea que vengan á refundirse en su casa todos tus sudores.» «Quien alimenta á seres semejantes, pierde sus bienes;» porque «la mala mujer es un abismo sin fondo,» donde se absorben todas las riquezas del hombre. Si queremos hojear un poco los escritos de los Doctores de la Iglesia, apenas hay uno que no diga á cada paso esta misma verdad. Mas no quiero aglomerar sentencias; baste decir con el sábio Terencio, que la meretriz es «la plaga de los prédios.» ¡Ah! Dias, meses y años emplean los hombres en cálculos para ganar caudales. En medio de sus esperanzas y anhelos por el

porvenir, surgen en su corazon ideas tristes y melancólicas; un huracan inesperado puede anular todas sus empresas; un temporal deshecho sumergirá quizá en un momento todas sus riquezas; una chispa de fuego reducirá á cenizas lo que ha reunido en muchos años; un accidente imprevisto pondrá en el número de los mendigos al que se contaba en la categoría de los grandes del mundo. ¿No es verdad? Apenas hay leccion más inculcada que ésta en la historia del mundo. Pero ¡qué inconsecuencia! ¡Qué irreflexion la de los hombres! Los incendios, los terremotos, las tempestades, los elementos todos, ¿pueden acaso absorberse las riquezas tan vorazmente como la lujuria? No; porque los efectos de aquellos son transitorios y momentáneos; tras de la tempestad viene el tiempo bonancible; la tierra, esterilizada con los rayos y granizo, arroja con nueva lozanía cosechas abundantes que consuelan al pobre. Por grandes que sean las calamidades, queda siempre la esperanza de vencer sus efectos con la paciencia y el trabajo; mas las pérdidas temporales que causa la lujuria, son irreparables. El más violento aquilon no despoja los árboles de sus hojas y frutas con tanta furia como este genio maléfico cuando envuelve en sus vértigos al hombre. La razon es clara, porque la lujuria produce dos grandes agentes destructores de riqueza, que siendo contrarios por su naturaleza entre sí, se aman y hermanan para aniquilar: son estos agentes la avaricia más insaciable y la disipacion más completa.

Es en realidad una monstruosidad ver que una mano allega cuantiosas riquezas, miéntras la otra las arroja en una sima sin fondo. Si viésemos un avaro de esta especie, tendríamos que inventar un nombre propio para caracterizarlo; su modo de obrar sería un singular fenómeno de avaricia; pero ¿pensais acaso que no existe este fenómeno? Desengañaos: existe y está generalizado, y os lo demostraré con toda claridad. Dios puso á la mujer en

la tierra para que acompañase al hombre en sus fatigas y para que ambos tendiesen á un mismo fin, á la conservacion del género humano bajo ciertas leyes universales. Para lograr esta union bajo relaciones amigables y simpatías recíprocas, dió al hombre gran fuerza corporal é intelectual, y á la mujer debilidad en su compuesto, gracias y atractivos; aquél fuera dotado de robustez para proteger á su compañera; ésta recibiera la hermosura para cautivar á su tutor; de tal modo, que la misma debilidad mujeril sería su escudo contra las violencias extrañas: dió todavía más á la mujer; la dió el pudor, que fuera para ella un muro de bronce que circunvalase siempre su pureza é integridad. Basada la union de ambos sexos sobre estas condiciones, resultaria que el hombre trabajaba en ganar caudales, y la mujer los conservaria; pero inviérase este orden; no reconozca el hombre en la mujer sino el instrumento vil de sus placeres, y vereis trastornado el carácter de cada uno de los compañeros; aparecerá el fenómeno de la avaricia y de la prodigalidad, y por mucho que sea el caudal del hombre, nunca podrá saciar la avaricia de la cómplice de sus criminales uniones. Señores, no es esto un invento de mi imaginacion; vemos estos hechos cada dia: la lujuria es un fuego que devora al que se deja dominar de él; cuanto más arde, quiere más pábulo; impele de tal manera al hombre, que por entregarse á sus locuras no duda á las veces empeñar su fortuna y aún su vida; miéntras por el lado opuesto la vil ramera vende caros los placeres, pues ella no busca los corazones, sino oro; arrojad en su seno vuestros tesoros con más abundancia que el cielo descarga sus aguas en las llamas de una gran ciudad presa del fuego, y vereis que todos son devorados; caigan sobre ella el oro, los diamantes, las riquezas todas, y las tragará, como esas cavernas subterráneas por cuyas horrendas fauces entran rios caudalosos para llegar al Océano. Sí; la lujuria es el gran hor-

no donde perecen todas las riquezas del hombre; y no lo dudemos: si no hubiese tanta inmoralidad de costumbres, no conociéramos entre nosotros tantos contratos ilícitos, tantas y tan execrables usuras, tantos monopolios, tantas injusticias cometidas cada día para tener oro. Quiero detener aquí el vuelo de mi espíritu, que me conduciría á un exámen prolijo de las causas del empobrecimiento actual del mundo, porque voy á hablar de la segunda pérdida del hombre lujurioso: del honor perdido entre las obscenidades.

¡El honor! ¡Ah! Hé aquí una palabra eléctrica, una gran cualidad de que se habla mucho y que se estima poco. Puede tanto sobre nosotros esta prenda espiritual, y nos domina de tal modo, que la hacemos una especie de divinidad; cuando afirmamos ó negamos; cuando prometemos cumplir una palabra, damos fuerza á nuestras expresiones poniendo por testigo á nuestro honor: debe ser esto una cosa grande, y en cierto modo instintiva en el hombre, pues es comun esta idea al que hace profesion de caballero como al plebeyo. Mas este honor no es un sér ideal ó quimérico, ni una cualidad que se hereda, sino que nace con el hombre, y se aumenta, se conserva ó se pierde por las acciones de cada uno, buenas ó malas, viles ú honrosas. ¿Y no es un deshonor el entregarse á la vida licenciosa y deshonesta? Por grande, por noble que sea el nacimiento del individuo, ¿no mancilla su honor y nobleza desde que se entrega al comercio carnal, á no ser que consagre su obra la ley natural y la Religion revelada? La innobilidad de la lujuria, ¿no ha dejado acaso tiznada la púrpura, el trono y el reinado de Salomon? ¿Podía tener honor el que negára á Dios el honor debido, dándolo á los ídolos por satisfacer los caprichos de las extranjeras, con quienes se habia unido? No; y téngase lo que voy á decir por proposicion de eterna verdad: el que es infiel á Dios, lo es mucho más á los

hombres, y el que es infiel, no cumple sus juramentos; y quien no cumple sus juramentos, no tiene honor. ¿Podrá, pues, tener honor el lujurioso que, habiendo renunciado con juramento al comercio ilícito de la carne, se entrega sin reserva á sus excesos? No lo creia así el sapientísimo Pablo cuando, hablando infaliblemente de los hombres más grandes del paganismo, decia «que no conocian la buena fé, y que eran por sistema viles, suspicaces é infieles:» *Plenos contentione, dolo, malignitate... absque fœdere*. Méenos lo creeria cuando afirmaba «que el que se une á una ramera, se hace una misma cosa con ella.» Si la influencia moral de la mujer respecto del hombre es tan grande que, no obstante la supremacía que éste tiene sobre aquella, participa de ella en gran parte el honor; mas si el uno y la otra no se tratan como manda la ley divina; si abusa el hombre de su fuerza y cede aquélla de su derecho prostituyendo su cuerpo, se deshonorra á sí misma, y causa al hombre su deshonor: perdido una vez este noble atributo por la mujer, nada le queda que pueda dar al hombre y á la sociedad; perdió su honor, y lo perdió todo; y quien á ella se junte, no recibirá en premio de sus placeres sino la infamia y deshonorra.

¿Quereis verlo? Echad una mirada fugaz á esas infelices que están infamando con su permanencia entre nosotros la Religion y el renombre que nos legaron nuestros padres y que ántes hacian latir nuestros corazones con noble y santo orgullo. Vedlas; tan pronto las observareis escondiéndose entre las tinieblas de su demora, como ocultando su deshonorra, al mismo tiempo que llaman al incauto que ha de ser presa de su lascivia; tan pronto se os presentarán con desenvoltura é impudor, profiriendo palabras repugnantes hasta en hombres plebeyos entregados á la embriaguez. El hombre casto no puede pasar por sus madrigueras sin ruborizarse é inclinar sus ojos á la tierra; el hombre de honor tiembla hasta de su saludo,

pues teme que sus ecos solos lo empañen. Su sociedad está reducida á hombres de orgía y á otras tan deshonoradas como ellas. ¡Ah! Esto es horrible; y, sin embargo, algun dia pudo campear sobre aquellas sienas una corona de azucenas, laureando el pudor; algun dia aquella frente estaba serena y tenía por diadema el honor virginal; algun dia podia abrigar su corazon ideas de grandeza, por hallarse puro; mas hoy todo es vileza y degradacion. Despues de haber abdicado su honor, no le ha quedado más que eterna infamia; pero infamia que comunica al hombre que se acerque á ella.

No quiero que valga mi parecer; no tenga peso alguno ni la autoridad sagrada, ni los doctores de la Iglesia, ni los axiomas de los filósofos: los mismos deshonorados van á hablar. ¿Habeis estado alguna vez en una reunion de libertinos? ¿Sabeis lo que pasa entre ellos? Ninguno mejor que ellos mismos sabe lo que es cada cual. Despues de haberse revolcado entre las inmundicias de los lupanares; despues de haber arrojado por sus bocas mil hábitos pestilentes, en que el honor de muchos hombres buenos ha sido ennegrecido, empieza la historia de otros de su clase que no se encuentran por entónces en la orgía. «Ese hombre, dicen, es un infame, que por sustentar á su cómplice está defraudando los interesès de su familia; es un hombre atroz, que ha reducido á miseria á medio pueblo; no conoce regla alguna de moralidad; no guarda una sola de sus palabras; la sociedad debia proscribirlo; era necesario exterminarlo como á una fiera; era...» pero corramos un velo. En vano se querrá descifrar el deshonor del hombre lujurioso; los hombres malos se conocen unos á otros perfectamente, y por más que se reunan para la iniquidad, se aborrecen de muerte y publican sus excesos ocultos, pagándose mútuamente con la infamacion y la deshonra. Esto es evidente: lo vimos en los filósofos paganos; lo hemos visto en los herejes; lo he-

mos presenciado casi en los filósofos, y estamos hartos de leerlo en los escritores cínicos de nuestra infausta época.

Voy á concluir, pidiéndoos de nuevo vuestra atencion benévola: voy á descifrar en pocas palabras la última desgracia temporal del lujurioso, que es perder su propia vida. Entre los admirables rasgos de filosofía que descuellan de los escritos de San Pablo, es muy notable aquel en que trata de la lujuria. Dice así: «Todo pecado que hiciere el hombre es fuera del cuerpo, mas el que comete fornicacion peca contra su mismo cuerpo.» No hay en esta proposicion del Apóstol eso que el mundo sensual llama hipocresía ó fanatismo: la maceracion de la carne, que plugo á la filosofía denominarla crueldad y ódio de la propia vida, no entra en las miras del sábio evangelizador del universo; habla como hombre lleno de filosofía, como económico y político, y como amante de la humanidad; ó, digámoslo segun el lenguaje de la época actual: habla como filantrópico. Sí: enumerad los males del hombre; ninguno hay tan espantoso como el morir. Si hubiese un sábio cuya ciencia llegase á detener los violentos pasos de la implacable parca; si tuviese la fuerza de prolongar los dias del hombre sobre la tierra, sería sin duda el caritativo, el filantrópico por excelencia; sería éste nuestro mayor bienhechor, porque, siendo nosotros inmortales, propendemos naturalmente á vivir largos años en la tierra, y quisiéramos inmortalizarnos en ella. No puede existir un sér tan benéfico entre los mortales; sin embargo, el númen tutelar de los dias del hombre existe; fuera de aquel Sér infinito que con su soplo sostiene el mundo en la esfera que le señaló, hay otro protector de nuestra vida, con cuya ayuda puede el hombre llegar á contar un siglo de peregrinacion lleno de robustez, áun en los períodos de la debilidad de nuestro cuerpo: este númen es la castidad. ¡Ah! El acero del bárbaro que sa-